



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

FIACRO YRAYZOS

Predicar en desierto.

MANUEL MONTERREY

Vencida.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

El «chulo» de Trinidad.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

Por esos mundos de amor...

UN PEQUEÑO REPORTER

De la semana picaresca.

DEUDEDIT

¡Te perdono!

RAFAEL SANTANDER

La visita del doctor.

DIEGO SAN JOSÉ

Espejo de maridos.

FERNANDO AMADO

Escena matritense.

JACINTO CARMÍN

La urbanidad.

GIL SUÁREZ

El escrúpulo.

TOVAR, DEMETRIO, ALFONSO]
y ENRIQUE

Retratos y caricaturas de Isabel
de Flandes, Alfonso y otros dibujos.



ISABEL DE FLANDES

Bellísima canzonista que anoche debutó en los Jardines del Buen Retiro. Fijense ustedes en esa cabeza... que quita la cabeza.

Biblioteca Regional de Madrid

5 cénts.



Tantas son las mujeres de Alfonso,
que va á haber que cantarle el responso.

Éste, á quien llaman rey de los fotógrafos—sin que sea fotógrafo de reyes—, guarda en su estudio (Fuencarral, 6) una colección de hermosísimas mujeres: tal, que ni los sultanes más rijosos tuvieron otra igual en sus harenes.

¡Rediéz, cómo las gasta el noble amigo!
¡Rediós con el serrallo de *Alfonsete!*
¡Recontra con el chico del *Heraldo!*
¡Recristo con el émulo del *Duendel!*...

Yo á ese ya le he *tañao*. Es un ansioso que piensa "acaparar," toda la serie de las mil "bailaoras," bailarinas, danzantas, danzarinas ó *danseuses*, cantatrices, cantantes, "cantaoras," excéntricas, acróbatas, *divettes*, gimnastas, tiradoras, transformistas, "mañanas," tonadilleras y *gommeuses*, á quienes ovacionan—en los cines— los pollos glaucos y los viejos verdes...

A mí no me la da... Su "galería," no es puro amor al arte. Quien tal piense, toca el acordeón á cuatro patas ó toca el violonchelo á cuatro *pieses*...

No sé si su mujer—cuyos pies beso— será celosa ó no. Mas si lo fuere le sobraré razón, pues su marido se las trae... y acaso se las lleve por ahí *de parranda*. Lo contrario sería demostrar que es un imbécil, y de tonto el *gachó* no tiene un pelo. Si acaso, lo tendrán esas mujeres que se corren con él algunas *juergas* en-Niza, en "cá," de Juan ó en "Los Gabrie-

[les,]
¿Dónde va á ir á parar con esa vida?...
Pues en que los demonios se lo lleven,

y en las rojas calderas del infierno lo frían, lo socarren y lo tuesten...

No ha habido ejemplo de un Don Juan Te- que sedujera á tantas doña *Ineses*, [norio ni sultán de Marruecos ó Turquía con tan loca afición á las mujeres.

Para no separarse nunca de ellas, dicen que en el bolsillo se las mete (cuando sale á "operar," con Berriatúa), ¡y así lo lleva de abultado siempre!...

Diréis que es muy difícil que un *gacholi* se meta en el bolsillo á las mujeres; pero, si veis á Alfonso por la calle, comprenderéis que os hablo de *chipendi*.

Porque os debo advertir que las *furciatas* con quien él por ahí se va y se viene, sin dejarlas en paz ni á sol ni á sombra no son de carne y hueso... Las mujeres de Alfonso, el chico en grande del *Heraldo*, son las fotografías que él obtiene trabajando en su estudio; son las copias, no los originales... ¡Bueno fuese que, con esa carita que "se goza," se llevara de calle á las mujeres! Son postales... ¡y gracias! Son retratos de las á quien aplauden en los "cines," los pollos glaucos y los viejos verdes.

Por lo demás, Alfonso es un modelo de esposos amantísimos y fieles, incapaz de faltarle á su costilla, de la cual es adorador ferviente.

Todo lo que antes dije fué una broma que he querido gastar al *Alfonsete*, ya que él á los plumíferos nos saca también á la vergüenza en los papeles.

Hoy nos toca á nosotros "exhibirlo," para que, al ver su efígie, se avergüence; si le hicimos *un feo*, ¡que se aguante! ¡¡Nadie da más de sí que lo que tiene!...

Carlos Miranda.

PREDICAR EN DESIERTO

I

REGUNTAD á cualquier señora de nuestra buena sociedad quién es el padre Montero, y os contestará como todas ellas sin excepción: —¿El padre Montero? Sí, le conozco muchísimo. ¡Es mi confesor!

Cierto que el elegante padre Montero, comendador de no sé cuál orden y secretario de no sé qué tribunal, es un teólogo eminente y un notable orador sagrado; pero sobre esos méritos tiene otro indiscutible, que es, sin duda, el que más ha contribuido á aumentar el ya crecido número de sus aristocráticas relaciones.

Según dice una hermosísima casada amiga mía, el padre Montero es el confesor más *manga-ancha* que ha conocido de diez años acá. Y que algo hay de cierto en esa afirmación, lo prueba el que todos los días se vé su perfumado y artístico confesonario favorecido por una tan numerosa y distinguida clientela como pueda tenerla la mejor tienda de modas.

Algunas tardes, sobre todo las visperas de las grandes festividades, la capilla de Santa Filomena parece un día de moda de la Princesa ó el Español. Los carruajes blasonados y los automóviles de más lujo forman cola delante de la iglesia,

ni más ni menos que si se estuviese celebrando el beneficio de la Guerrero ó la despedida de Titta Ruffo. Y es que la noticia de la *manga-ancha* del padre Montero corrió *sotto voce* de boca en boca y de salón en salón, y eso bastó para hacer entre el bello sexo un *abono* tan monumental que para sí lo quisieran las Empresas de la otra clase de espectáculos.

II



EL POPULAR ALFONSO

Más guapo que «El Duende de la Colegiata»... según afirma él.

En las lluviosas tardes de cuaresma el elocuente padre Montero, que además es un *vivo*, ocupa la cátedra sagrada de la aristocrática capillita, y á turno par ó impar, según las condiciones establecidas por el *abono*, predica. Los lunes, para muchachas inocentes y pollitas sin malicia, es decir, que todavía no han llegado á pollas. Los miércoles, para casadas, y los sábados para hombres solos, y que, por cierto, suelen ser los días en que más concurrencia hay de mujeres. Porque con dichos sermones ocurre lo que con las Revistas picarescas: se escriben para hombres solos, y resulta que todas son lectoras.

Un miércoles dedicado á las casadas subió al púlpito el padre Montero, y después de un exordio dedicado á la Virgen purísima, en el que pedía con frase elocuente la luz divina de la inspiración, entró de lleno en el asunto y abordó resueltamente el

tema de la infidelidad conyugal, tema siempre de actualidad palpitante.

Habló de lo que debe ser el arrepentimiento, recordó á María Magdalena, citó á San Pablo y San Agustín y otra porción de citas más, conocidas de las señoras, y añadió con voz temblorosa:

—Pero, ¡ay!, que el arrepentimiento se promete casi siempre y casi nunca es sincero!

¡Cuántas de vosotras os habéis postrado ante el tribunal de la penitencia prometiendo contritas formal enmienda, y al mes siguiente habeis vuelto á confesaros del mismo peca-

sí os daré señas tan claras y decisivas que podáis todas reconocerla.

Decir esto el sacerdote, santiguarse todas las señoras y desfilar cada una por su lado dejando el templo vacío, fué la obra de dos minutos escasos. La fuga fué rápida, y allí se quedó el buen padre citando á San Pablo y á San Agustín en medio de una espantosa soledad y sonriendo maliciosamente...

Desde entonces sabe todo el gremio de predicadores que predicar sobre la fidelidad de las mujeres casadas... es *predicar en desierto*.

Fiacro Yráyzo.



—¡De Laredo! ¡Qué rica soy!

do, y cometido... ¿con quién? ¡Vergüenza da el recordarlo!

(Los lacayos y *chauffeurs* que, amontonados, aguardaban junto á la puerta de salida, palicieron... espontáneamente.)

Y siguió diciendo el predicador:

—En este mismo momento, desde esta cátedra sagrada, estoy viendo una señora de las que engañan á sus maridos con tan criminal frecuencia, que merecían un castigo bochornoso. No puedo decir su nombre, el secreto de la confesión me lo prohíbe; pero

¡VENCIDA!

El amor la sedujo y fué vencida, rodando por el suelo su diadema; y aunque su alma se conserva virgen, el mundo la difama y la desprecia.

¿Qué horrible crimen cometió la pobre para que sufra tan horribles pruebas? Amar á un hombre con delirio ardiente, con todos los impulsos de sus fuerzas, con todas las ternuras de su alma, con todo el fuego rojo de sus venas. Amarle con pasión, como la madre adora al hijo que en su vientre lleva; entregarse al amante en un momento de imperiosa demencia y dejar en sus brazos su virginal pureza, como deja en las zarzas rizados copos de vellón la oveja...

¡Vencida del amor! ¡No te avergüences! Levanta el rostro alta y satisfecha. Luchar con el amor es imposible, querer vencerle temeraria empresa.

Y cuando el mundo, con brutal cinismo, insulte tu flaqueza, contéstale arrogante, sin miedo ni vergüenza:

—No es crimen mi caída; rendirse por amor nunca es afrenta.

Es igual que el que pierde una batalla en que invencibles fuerzas acumulan sus bríos:

¡¡no hay más que sucumbir en la pelea!!

Manuel Monterrey-

EL "CHULO," DE TRINIDAD

TRINIDAD tenía ya sus cincuenta y tantos, y sus cabellos eran negros, espesa y apretadamente negros...

Era una mujerona ancha, muy ancha. Los muchos hombres que habían escardado su carne la habían ablandado y esponjado atrocemente con cierto encanto en su atrocidad.

Salía ya apenas de su casa, un piso primero en la acera del sol, en una calle de casas de ladrillos rojos. Se asomaba al balcón en matiné ó en bata blanca con pintas azules, sus dos brazos al aire, dos brazos rollizos, divididos como en dos tendones fuertes, maromos, brillantes, las muñecas cubiertas de pulseras, gruesas pulseras pesadas, de forzada á cadena perpetua, de oro fuerte, macizo y absoluto, llenas de dijes: libras esterlinas con el busto de señorona empacada de la Reina *aquella, dollars* con un salvaje con plumas en la cabeza y luises con el hombre de perfil de cacaú y la melena de teatro... Sus pulseras eran una nota pasional, impulsiva y recia en su mujeronía violenta... Se ponía todas las joyas para salir al balcón, sus pendientes, esos pendientes con un rubí gordo rodeado de brillantes, de las chulonas encopetadas, que miran con la soberbia de un ojo de ave fastuosa cuando hace la rueda... Muchas sortijas, sobre todo lanzaderas agudas, agresivas y enconadas, más largas que las falanjes...

Se apechugaba sobre balaustre, se acogotaba bien sobre su espalda, que se encorbaba toda, mollar y empinada, y en su balcón, con toldos de lona festoneados de azul, lleno de macetas, entre las que predominaban las hor-

tensias—esas flores llenas y cachondas que entonan tan bien con mujeres así—, se pasaba toda la tarde...

A veces, del fondo del balcón salía un chillido ruidoso y súbito como la ruptura de un cristal ó el grito impertinente con que asustan al silencio los niños imbéciles. Desde la calle miraban á los balcones, y á ningún transeunte, después de encontrarse con ella, le



La portera.—Pero este cuarto es [muy]pequeño para las señoritas. Van á estar, como quien dice, la una encima de la otra.

Una.—¡Ay! Ya estamos acostumbradas.

cabía dudar de dónde había salido el estrépito.

Ella se volvía con una sonrisa benévola y decía hacia dentro de la habitación...

—¡Calla, lorito! ¡Cállate, Reverte!...

Reverte era el último *chulo* de Trinidad; era lo que para Leda fué el cisne gracil.

El loro era de los anchos y gordos, pintado cursivamente de colores brillantes, recargados y fanfarriosos, que llevaba como un traje de luces para andar por casa. Tenía las trazas llenas de flamenquismo de los loros, con el plante y con la altura de los maletas de pro-

fesión, insultadores de mujeres, canallas, como con tufos, la cabeza plana, dura, chata y fanática de los chulos empedernidos, la voz aguardentosa y blasfema, los ojos grandes y huevudos, ojos de maleta también, y la boca bajo la nariz en ese gesto fatuo de la gente que escupe por el colmillo y habla por el colmillo con majeza y desplante.

Así era el animal, ó mejor dicho, aunque



Ella.—Oye, ¿y qué quiere decir esa estatua tan fresca?

Él.—La Verdad, que se representa desnuda y con un espejo en la mano.

Ella (aparte.)—¡Toma, por eso me decía el señorito que me quería de verdad!

sea un atrevimiento, el hombre que la correspondía, su pareja más propia, el balandrón imperioso y displicente, que, según corrían voces por la vecindad, la comía sus ahorros. Fumaba y bebía á su costa, y con su gran majeza era celoso, la llamaba constantemente ¡RTSM! (cuatro letras), y la maltrataba cruelmente como un mal hombre; como el chulapón perdió, que era...

Ramón Gómez de la Serna.

POR ESOS MUNDOS DE AMOR...

LINDA CONSEJERA!

Este Trouville es playa muy expuesta, y para el extranjero bien molesta, á pesar de que, al pronto, le seduce; pues ni aquí es oro todo lo que luce, ni toda «femme» vale lo que cuesta.

No te fíes de nadie en el Casino, porque te harán hacer un desatino... Mas lo mejor será que no te dejes. Y así, si juegas, jugarás con tino; cuando yo esté á tu lado y te aconseje.

Además, por tu bien, debo decirte que al Hotel en que estoy has de venirte. Estarás más barato y confortable, y te será Trouville tan agradable que hasta fin de «saison» no querrás irte.

Después, aunque decirlo no debiera, soy una «femme chic», no una cualquiera... Lo que debe tenerse bien presente. Y un «mesí» como tú, tranquilamente, la puede acompañar á donde fuera.

Que siempre por el corte distinguido de mis bellas «toilettes» he conseguido en todos lados un «succés» brillante, pues uno á lo sencillo lo elegante, lo que muy pocas logran ver reunido.

Como sutil camisa de serpiente tengo un «maillot» de seda transparente, que de la playa ha sido el «clu» este año. Tú el éxito verás, porque me baño á las diez, que es la hora de más gente.

No uso jamás corsé, cofia ni capa. Huyo siempre de todo lo que tapa, pues nunca me gustaron los misterios. Que la que trata de ocultar el mapa, ya se sabe... mal anda de hemisferios.

Mañana me verás, que he de bañarme. No es cosa que me gusta el alabarme; pero te recomiendo, sin embargo, «mon ami», que no dejes de mirarme... Sobre todo, al salir... ¡y te harás cargo!

Joaquín Alcaide de Zafra.

Playa de Trouville.

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

ENTRE EL MAGREO Y LOS CUPONES

BURLA burlando, vamos echando fuera el verano, gracias al eficaz auxilio de un vientecillo reparador que no nos ha abandonado ni un solo día. De donde resulta que el dios Eolo, suave y dulcemente, le ha ido colocando su poderoso elemento á la ardiente canícula.

Si á esta gratísima circunstancia añaden ustedes que nos han ido alegrando la existencia con verbenas, tómbolas, ruadas, cabalgatas, fuegos artificiales y otras diversiones, se explicarán lo fácil que nos ha sido el paso del estío.

¡Alá les guarde la vida y se la alargue lo que humanamente pueda á los peregrinos ingenios que tanto gusto nos han dado organizando estas juerguecitas veraniegas!

La gente ha respondido con tanto entusiasmo á sus felices iniciativas, que todo Madrid se ha echado á la calle durante un mes, dispuesto á divertirse pasase lo que pasara, puesto que para algo se le había mandado estar alegre, y sabido es que los madrileños somos sumamente obedientes.

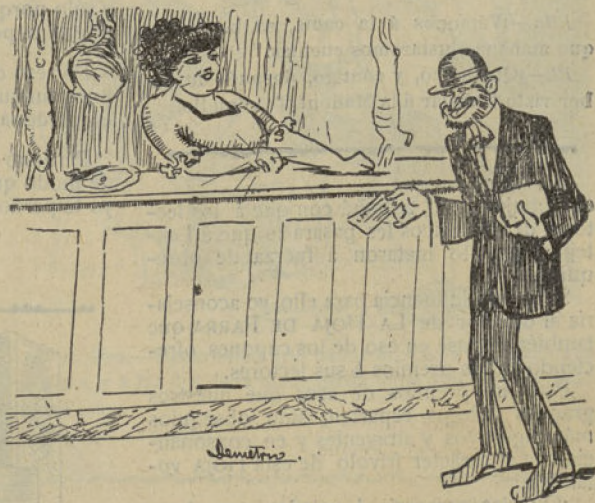
Eso, sí, el *parcheo* ha estado al orden del día. Los más ansiosos quedaron satisfechos en el libre ejercicio del libérrimo *magreo*, lo cual ha servido de estímulo para el perfeccionamiento de un arte hasta ahora poco perfeccionado por falta de medios de ejercicios prácticos: el masaje por el sistema del *aprovechen*, á veces expuesto á serias consecuencias; pero, según los maestros, de positivos resultados en la inmensa mayoría de los casos.

—Claro es—dicen—que en las precipitaciones propias del caso, suelen ocurrir lamentables equivocaciones. La falta de luz, el vaivén propio de las aglomeraciones de grandes masas, etc., pueden dar lugar á que se confunda una ebúrnea jamona con un coadjutor provinciano, sufriendose amargas de-

cepciones; pero, en general, se acierta, y el resultado es de éxito seguro.

En esto de analizar la anatomía femenina por el procedimiento del *palpen*, hay cada dactilogo que asombra. Yo conozco uno de esos especialistas, que, al decir de su clientela, hace verdaderas filigranas, y tal es la práctica que tiene, que al primer contacto averigua mucho más que un padrón de cédulas. Edad, estado, naturaleza y hasta los orígenes del árbol genealógico de la parte interesada.

EL RECIBO DE LA CARNECERÍA



La carnicera.—En mal día viene usted, D. Isidro... No tengo ni un perro... Como no quiera usted cobrarse en carne...

Lo que se ha demostrado con estas diversiones, y singularmente con las rifas y sorteos por el procedimiento del cupón, que es el más burgués de todos los procedimientos, es que seguimos siendo fanáticos partidarios de todo lo que significa juego, y esta condición la saben aprovechar los rotativos, estableciendo una competencia de regalos verdaderamente asombrosa, que, de seguir con



Ella.—¡Vámonos á la cama, so borracho, que mañana ajustaremos cuentas!

Él.—¿Quién, yo, y contigo, después de haber visto trabajar á la Manon? ¡Te repudio!

el empuje actual, acabará con que á los lectores de periódicos les pasará lo que á Lentejica, que lo mataron á fuerza de obsequios.

Si tuviese influencia para ello, yo aconsejaría al director de LA HOJA DE PARRA que también entrase en eso de los cupones, ofreciendo varios premios á sus lectores.

Pero no premios de esos que nuestros grandes colegas reparten, sino obsequios más sugestivos y atrayentes y en consonancia con el carácter frívolo de esta HOJA volandera.

¿Qué les parecería á ustedes, por ejemplo, el sorteo de una Venus de Médicis? ¿Qué me dics de esto, oh carísimos lectores?

Pero como no todos tienen el mismo gusto artístico, también podría sortearse otra Venus de Rubens, porque son muchos los que las prefieren *regordetas*.

Y ya puestos á ofrecer, y para que siga lo de los gustos diversos, igualmente se ofrecería otra Venus de Milo.

Mi lo supongo que completita, porque sin brazos no tendría la pobrecita con que agarrarse.

Ya tenemos, pues, tres Venus que desde los tiempos que corremos, no crean ustedes

que es tener poco. Ahora, que para aspirar á ser el feliz poseedor de esas tres divinidades plásticas, hace falta, si no quiere uno correr el más espantoso de los ridículos, una condición esencialísima:

¡Tener muchos cupones!

Un pequeño reporter.



¡TE PERDONO!

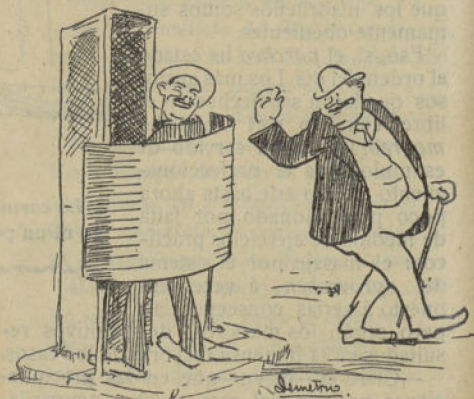
Sé que mi amor te tiene trastornada, que tu cariño es firme y verdadero; y te aseguro, á fe de caballero, que si en todo dudé, ¡no dudó en nada!

Sé que de tu conducta, avergonzada, has pensado cambiar de derrotero, y sólo porque sabes que te quiero sé que te pesa no haber sido honrada.

Por eso de quererte no desisto, pues aunque lo pasado te condena, en perdonarte lo pasado insisto.

Perdonó Jesucristo á Magdalena; de modo que, imitando á Jesucristo, yo te perdono á tí, ¡si has de ser buena!

Deusdedit.



—Adiós, Ladrillez; no deje de pasar por casa, que tengo que hablarle.

—Deseo; pero ahora tengo un asunto entre manos que no me deja ni un minuto.

LA VISITA DEL DOCTOR

ANTOÑITO Juárez, tan correcto y amante de la urbanidad, bostezó sonoramente, ni más ni menos que pudo hacerlo uno de aquellos lugareños zafios con quienes ponía á prueba su bolsillo en las interminables horas del tresillo.

Un mes había pasado desde aquel día de lacerantes recuerdos en que abandonase á Madrid, y por su memoria cruzaba fugazmente, en rápida asociación de ideas, toda su vida pretérita. Cercanos los días de luto y de dolores, emparejada la muerte del único deudo con la visita importuna del fantasma de la miseria; más lejos, aquellos otros alocados, frívolos, galantes, en los que la opulencia paternal, mimosa y pródiga, dejéle hacer y desnacer á su antojo, viniendo á ser su vida cedazo roto por cuyos agujeros escapábanse los dineros amontonados en fábricas y talleres, rápidos, en copiosa lluvia de oro que lanzaba su riego sobre la compleja gama de las mujeres fáciles — hembras soberbias de los barrios bajos, por él entronizadas á la pública admiración cortesana; "artistas", á quienes su belleza dióles un renombre que jamás alcanzarán de quedarse á solas con su "arte"; tal cual-dama linajuda, pues en el reparto de los apetitos carnales siempre triunfó la doctrina igualitaria...

Se aburría ahora desesperadamente, porque su vivir presente, uniforme, isócrono como las oscilaciones del péndulo que en el reloj de pared, incansable, contaba los minutos, las horas, los días, le tenía solo en un pueblo extraño, sin afectos ni cariños: como única compañera aquella placa bruñida, fementida y ostentosa que en la puerta rezaba: "*Antonio Juárez. Doctor en Medicina y Cirugía. Especialista en enfermedades del sistema nervioso.*"

Reaccionando sobre sí mismo, en un giro repentino de su imaginación voluble—el distintivo de su carácter—comenzó consigo un interrogatorio copioso:

—¿Y por qué aburrirse? ¿Quién sabía de

las sorpresas que encerrarían las casucas paradas de aquel ignorado Villavirtuosas?... ¡Villavirtuosas!!... ¡Villavirtuosas!!...

Y con el recuerdo del nombre del pueblo, Antoñito sonrió escéptico, murmurando para sí un chulesco modismo:

—¡Exageraos!

Ahora, Juárez, súbitamente transfigurado, sentía resurgir en él aquel espíritu que dió vida y calor á cien escenas de placeres refinados, convulsivos, irresistibles, desfallece-



El médico.—Tiene usted que bañar al niño á las diez de la mañana, y á las dos de la madrugada tiene que haberle dado nueve tetas.

El ama.—¡Yo sola!

dores... Desenfrenada, la imaginación fingía voluptuosos abandonos de mozas recias propicias y enardecidas...

Una voz cascada sacóle nuevamente de sus abstracciones. La vieja patrona hablaba de un enfermo que reclamaba los servicios del joven doctor. Parlanchina, añadía pormenores:

—Es para casa del notario. A la cuenta se trata de la señorita Rosinda, que padece del histérico, y como el señorito dicen que es especialista de los nervios, velay que le llamen.

Antoñito sonrió ante el léxico de su sirviente...

Una impaciencia de intriga le inspiraba aquella visita; y durante la peregrinación por las calles oscuras y empinadas hacia conjeturas. ¿Cómo sería la enferma? Sentía curiosidad y corría más bien que andaba. No tardó en llegar.

La enferma aparecía tendida en una *chaise-longue*. Una especie de mascarilla cubría el rostro, del cual sólo dejaba en descubierto los ojos y los labios. Cerradas las ventanas, la habitación estaba á oscuras; sólo una rendija enfocaba la luz de fuera en Rosina.

Antonio sonrió al entrar. ¿Hija de una ex-



La señora.—Basilisa, tenga cuidado con lo que compra, porque huele mal.

La cocinera.—Señorita, es que con este calor, el conejo tiene tufo de un día para otro.

travagancia aquella disposición extraña ó nacida de un estudio perverso? Inclínabale á pensar en esto los ojos de la histérica, soberanamente negros, fulgentes, encendidos como carbunclos, y los labios, aquellos labios que se entreabrían en una respiración fatigosa y á quienes los dientes diminutos mordisqueaban impacientes.

Ella sufría un ataque: la cabeza echada atrás en rápido escorzo; los ojos girando en las órbitas; el cuerpo tenso como las cuerdas de un violín templado; los brazos rígidos, con las manos cerradas, dejando fuera muy tieso el pulgar.

De la calle llegaba ruido de abarcas chocateando en el empedrado rústico.

De improviso atacóle á ella una risa estridente, intercalando una charla incoherente:

—¡Callad! ¿No oís? ¡Suenan los cascos del caballo! ¡Es él que llega!... ¡Ja, ja, ja! ¡Al fin! ¡Ja, ja, ja!

Súbitamente encaróse con sus deudos, y entonces aparecía avasallada por una furia loca.

—¡Fuera! ¡Marchaos! ¡No quiero ver á nadie!

Los padres, apesadumbrados, balbuceaban frases confusas:

—¡Nena! Es el médico ¡Te pondrá buena! ¡Te tratará bien!

A Juárez parecíale un sarcasmo aquella palabrería. También á ella, sin duda, porque tornaba á las carcajadas.

Antonio lo propuso:

—Sería prudente no excitarla. Si hiciesen la bondad de un momento... No es más que un reconocimiento breve.

Quedaron solos.

Inquieto y curioso fué él á desabrochar la bata que la envolvía. Ella le dejó hacer, riendo más y más...

Una glotonería de deseo le atacó á él ahora, contemplándola en completo abandono de vestiduras: ¡Prodigiosa!

Conteniéndose y fingido, temeroso de un espionaje á través de las cerraduras, inclinó el oído sobre el busto en aparente auscultación.

Oyó entonces una voz muy queda:

—Sea usted hábil y discreto.

Quedó perplejo. Acometiéronle temores. Al propio tiempo ella le facilitaba la acción. Lo sofocaba sepultándole la cabeza entre un revoltijo de ropas.

Hubo un momento en que Antonio pudo darse cuenta de su situación. Momentáneamente recordó disfrutar con compañeros de orgía, cuando declaraba su odio á fechas y cifras que ahora se le presentaban fatídicas, ineludibles.

... El *reconocimiento médico* fué todo lo breve que obligaban las circunstancias. Concluido, quedó la histérica en una laxitud desmadejada.

Fué una tentación de risa la que atacó á Juárez oyendo encomios de los padres al despedirle. Ofrecióles una receta infalible para el histerismo de la niña; algo que pudiera entretenerla, porque su enfermedad era aburrimiento.

Y al día siguiente, cumplido, envióles un perrito monísimo, de hociquillo largo y afilado.

Rafael Santander.

ESPEJO DE MARIDOS

Al ático ingenio Francisco Gómez Hidalgo.

JÁCARA

Marido, no me deis voces,
no me deis voces, marido;
mirad, que no vos conviene
estar á malas conmigo.

A vos, señor, no vos toca
más que dejar el ovillo
correr, que por más que corra,
no vos quedaréis sin hilo.

Decidme acá, ¿desque vos
vinisteis á ser mi *primo*
tuvisteis más que sufrir
el cruento sacrificio

de saber de cuantas pajas
viene á componerse un nido?
Cuando llegan de la lonja
á cobrar lo que hais comido
durante el mes, ¿quién responde?

Si habéis cordura, decillo.
Cuando una estación se marcha
y otra se queda en su sitio,

y viene el sastre á tomaros
medida para un vestido,
respondedme: ¿quién lo paga,
vuestro dinero ó el mío?

...¿Qué es esto, que andáis ahora
con bascas y con remilgos,
haciéndome información
de sí me empañó ó si brillo?

Advertan, ¡por vida suya!,
si tiene el hombre cinismo.
Come, bebe, goza y triunfa
y aún tiene pujos de altivo.

...Vale Dios, que tengo el genio
muy conforme, y no me pico,
que si no ya vos dijera,
¡voto á mí!, cuántas son cinco.

¿No hais vergüenza y hais honor?
Dejad aqueuso, marido,
y ved que más que la honra
suele engordar el tocino.

Demás, que nadie se queda
con ningún pedazo mío,
que aquéllo que vos queréis
siempre lo halláis en su sitio.

¿Que dicen? Dejad que digan.
Vos si que podéis decillos
que ellos babeán las sobras
cuando vos estáis ahito.

.....
Dadme un beso, y no volváis
hasta después de las cinco,

que hoy viene aquel ginovés
que paga sin decir *pío*.



¿No me daréis ya más voces
en vuestra vida, marido?
Mirad, que no vos conviene
¡estar á malas conmigo!...

Diego San José.



El pagano.—Lo del periodista hay que cor-
tarlo «de raíz».

Ella.—¡Qué barbaridad! ¡Pobre muchacho.

LEA USTED EL JUEVES

LA COFRADÍA DE LA PIRUETA

NOVELA POR EMILIO CARRÈRE

ESCENA MATRITENSE

RESPONDO de la verdad de esta escena, como si hubiese sido uno de sus actores, el masculino, por ejemplo.

Estamos en el tocador de Adela, la morena Adela, á quien todos ustedes conocerán de vista. Se la ve en todas partes y se la puede abordar en casi todas, especialmente en las inmediaciones de cualquier restaurant.

La citada Adela, que es hembra preciosamente formada, hállase á la sazón en su traje intermedio entre el de Eva y el de la mujer contemporánea; más cerca del primero que del segundo, dicho sea en honor á la verdad.

Una doncella, menos guapa que la señorita, pero suficiente apetitosa para una sustitución temporal, suelta lentamente su hermosa cabellera y la prepara para el baño co-

LOS SUPERSTICIOSOS



Ella.—Hoy hace trece días que nos amamos en este cuartito.

Él.—¡Caramba, mal número!

Ella.—Tienes razón, podíamos ahora anticipar el catorce.

tidiano, del que empieza á desprenderse un perfume tentador.

He aquí el diálogo que entre las dos tiene lugar:

LA DONCELLA.—Y don Juan, ¿hace mucho tiempo que no sabe usted de él?

LA SEÑORITA.—Desde que cambié el último billete de mil pesetas.

D.—Entonces no hace más que dos días.

S.—Una eternidad como quien dice. Un billete que se cambia es un puñado de ilusiones que desaparecen.

D.—¿Y qué va usted á hacer ahora?

S.—Bañarme y esperar.

D.—¿A don Juan?

S.—Á cualquiera. Estoy vacante, hija mía. ¿No lo has sospechado?

D.—No; la verdad.

S.—Pues, sí, lo estoy. El billete á que antes me referí era la cesantía... Por eso me dí tanta prisa en cambiarlo.

(Suena la campanilla.)

D.—Con el permiso de la señorita...

S.—Sí, ve á ver quién es.

(La doncella sale y vuelve un minuto después con aire misterioso.)

D.—Un caballero...

S.—¿Cómo se llama?

D.—Valledor.

S.—¡Valledor!... No conozco á nadie de ese apellido... Sin embargo, huele á cosa elegante... Será barón seguramente.

D.—No sé.

S.—¿Es viejo?... ¿Es joven?

D.—Así, así.

S.—¿Qué tal viste?

D.—Bastante bien... ¡Ah, trae el calzado muy limpio!

S.—Entonces ha venido en coche. Título seguro... ¿Dónde está?

D.—En la sala.

S.—Mal hecho. Tráele al gabinetito de aquí al lado y adviértele de una manera discreta que hay un agujero en la pared. Después le dices, aunque sea menos discretamente, que me estoy bañando.

D.—Muy bien.

(Hace un gesto significativo y sale. La señorita se queda definitivamente en traje paradisiaco y entra en el baño. El agua fría le hace temblar un momento; luego se tiende saboreando las delicias de la hidroterapia á la violeta.)

D. (Entrando).—Está la señorita servida... ¡Qué elogios hice de la señorita!... El caballero sonreía y se embelesaba. Después adivinó

EN EL HOTEL



Ella.—Si ve en mí el señor algo que no le guste, le agradecería me lo dijese.

Él.—No, hija; si todo lo que veo en tí me gusta una burrada.

lo del agujero y miró. "¡Admirable!" me dijo entusiasmado. Volvió á mirar..., y no me dijo más. Me parece que todavía sigue mirando.

S.—No sé si me habré metido en el agua demasiado pronto.

Un cuarto de hora después aparece la señorita en el gabinetito donde espera el llamado Valledor, el cual se levanta respetuosamente.

S.—Siéntese usted y perdóneme que le haya hecho esperar. Me estaba bañando.

C.—Usted es quién debe perdonarme la osadía... Comprendo que no son horas para ciertas visitas...

S.—¡Oh, amigo mío! Todas las horas son buenas cuando una buena voluntad guía nuestros pasos... Me encuentra usted á medio vestir: esto es todo lo que tiene de inconveniente el venir á verme á estas horas.

C.—Por mi parte, no veo la inconveniencia. Al contrario, me parece muy natural. Cada uno está en su casa como le parece bien.

S.—¿De modo que le parece á usted bien mi traje?

C.—Admirablemente bien.

S.—Muchas gracias.

C.—Ahora me permitirá usted que pase á exponerle el objeto de mi visita...

S.—Ya supongo, ya...

C.—Entonces me ahorra usted explicacio-

gas?... Pues, hijo, si lo hubiera sabido se hubiera usted esperado en la antesala.

C. (*Muy insinuante.*)—No ha perdido nada la señorita con hacerme pasar aquí. En ciertas ocasiones vale tanto un recibo del gas como una pulsera de brillantes.

S.—Tiene usted razón. (*Toca un timbre y entra la doncella.*) No estoy en casa para nadie.

D. (*Aparte.*)—No importa; estoy yo.

Fernando Amado.

LA URBANIDAD

La urbanidad es cosa necesaria para todos los actos de la vida, y la urbanidad galante lo es mucho más para cuando se relaciona con el amor.

Podrá tener un hombre encantos físicos que causen en la mujer honda impresión; pero mayor y más pronto se la causará si á su buen porte une el arte de la galantería, la distinción y la habilidad para hacerse sobresalir en lo más insignificantes ademanes.

La misma declaración de amor, con ser cosa espontánea para la que en realidad no hacen falta grandes estudios, puede variar según la forma en que se exprese, el ademán que la acompañe ó la ocasión que se busque para hacerla, y si de una manera puede agrandar extraordinariamente á la mujer que la escuche, de otra, en cambio, puede disgustarla y aun herirla; porque es preciso no

olvidar que el corazón femenino es arpa delicadísima cuyas cuerdas requieren para vibrar armónicamente unos dedos especiales y una intuición amorosa especialísima.



—Señor Pérez, ¿cómo no vino usted ayer?

—Es que dió á luz mi señora.

—Pues para otra vez que lo haga fuera de las horas de oficina.

nes inútiles. Tenga usted el recibo.

S. (*Alarmada.*)—¿Qué recibo?

C.—El del gas.

S. (*Indignada.*)—¡Ah! ¿Usted es el del

No es lo mismo hablar de amor á una soltera que á una viuda, ni á una mujer de condición humilde que á la dama acostumbrada á todos los homenajes, pues aunque el amor tiene una única manifestación esencial, es menester sentirlo y hacerlo sentir de una manera adecuada al medio social en que se vive, no porque la naturaleza lo exija así, que esa gran demócrata es la sencillez en persona, sino porque la costumbre ha impuesto ciertas consecuencias de las que no es posible hurtarse.

No se debía hablar de amor más que de un modo; pero la sociedad moderna ha creado una porción de condiciones á las que es forzoso someterse si queremos que la mujer amada escuche y acoja favorablemente las pretensiones del hombre que la corteja.

No voy á colocarme ex cátedra y á dar consejos, no. Pero sí recomiendo á los lectores de LA HOJA que antes de lanzarse, se detengan á pensar sobre la condición y estado de la mujer á que "acometen.". En las primeras tres palabras amorosas que se le dicen á una mujer, está siempre el éxito de la empresa. Me lo ha enseñado una dolorosa experiencia de hombre viejo...

Jacinto Carmin.

San Sebastián, 14 de Agosto.



LAS SACERDOTISAS DEL AMOR

VENUS

DIOSA de la Hermosura y de los Placeres. La mitología griega, reproduciendo con ligeras variantes la teogonía egipcia, de la que heredó los principales fundamentos, supone que de la unión con Gea (la tierra) y Urano (el cielo estrellado), nació Cronos (el tiempo) que pudo escapar á la triste suerte de sus hermanos, quienes, apenas nacidos, eran sepultados por su padre en las entrañas de la tierra. Instigado Cronos por

su madre, sorprendió en sueños á Urano, lo mutiló y arrojó al mar los restos de su virilidad, Amontonóse alrededor de ellos la espuma de las aguas y dió la vida á Venus, llamada Afrodita. Al nacer, como fecundada por la sangre de un dios, recibió el homenaje de las divinidades marinas.

Presentada en el Olimpo, fué declarada, por aclamación de los inmortales, diosa de la Hermosura y de los Placeres.

Enamorado de ella Júpiter y no pudiendo casarse con ella por estarlo con Juno, la desposó con su hijo Vulcano, deforme y feo, logrando después conseguir sus favores. De las relaciones de Venus con Júpiter fueron fruto las Gracias.

Enamorada después de Marte, fué sorprendida con éste en la isla de Lemos, por Vulcano, á quien Apolo, celoso de la diosa, advirtió la infidelidad de que era víctima. Venus entonces se retiró á Chipre donde nació Cupido ó el Amor.

Las veleidades de la diosa tuvieron castigo en el desvío de Apolo, quien habiendo logrado al fin hacerse agradable á Venus, huyó á la vista de ésta en el Ocaso de la tarde con Anfitrite, esposa de Neptuno, precipitándose con ella en el mar, de cuyos dominios era soberana.

Procuró consolarse después con las caricias de Adonis, hijo de la princesa de Chipre, Mirra, y de padre desconocido; más celoso Marte, tomó la forma de jabalí y, en una cacería, hirió mortalmente al amante de la infiel.

El culto de Venus fué general en Grecia, donde había instituidas varias fiestas en su

Aunque no sentimos impaciencia por aumentar nuestra actual tirada de 67.000 ejemplares, en vista de que todos los periódicos regalan algo, nosotros vamos también á obsequiar á nuestros lectores.

No hemos concretado todavía cómo será ello, y aplazamos, además, el hacerlo hasta el próximo mes; pero ofrecemos publicar unos cupones que serán cotizables en

VARIAS CASAS

y hacer ciertas "cosas", y que intentaremos que respondan á cuanto debemos á nuestro público, que no es poco, gracias á Dios.

Lea usted el jueves en EL LIBRO POPULAR

LA COFRADÍA DE LA PIRUETA

por Emilio Carrère

20 CÉNTIMOS

honor, siendo los principales y más suntuosos templos consagrados á esta deidad mitológica; los de Pafos, Amatonte, Quido, Cíte-res é Idalia, casi todos ellos convertidos más tarde, con la adulteración de las costumbres, en verdaderos centros de prostitución.



EL ESCRÚPULO

Religioso y moral, el lindo Tircis tuvo ciertos escrúpulos un día, y al salir de la iglesia, dirigióse á la celda de un sabio carmelita.

—Padre mío—le dijo—, ha muchos años que el Niño Amor mi espíritu esclaviza, y rubias y morenas, bajas y altas, todas se rinden á las ansias mías.

Aunque á todas adoro, yo establezco alguna diferencia entre ellas mismas, y es esta diferencia el solo escrúpulo que ha tiempo la conciencia me atosiga.

Yo no acepté jamás una moneda de ninguna mujer joven y linda; pero á las viejas, reverendo padre, hago pagar muy caras mis caricias.

De Luz y Sol, y mil que no recuerdo, tranquilo he consumado la ruina... Ahora, decíme: ¿Puedo yo, en conciencia, guardar este caudal, ó es cosa indigna?...

Mascullando el asunto allá entre dientes quedóse un rato el sabio carmelita, y, al fin, como inspirado, así contesta, plácido el ademán, la voz tranquila:

—Todo trabajo tiene su salario, y á todo el que pecó se le castiga. Guardad ese dinero, justo premio de largas horas de tenaz vigilia.

¡Pero escuchadme aún! Siendo preciso devolver su dinero á esas familias, si allá en la edad proyecta, tembloroso, sin fuerzas ya, sin brillo en la pupila, sin juvenil arranque y sin belleza, el fuego del amor aún os domina, con el dinero que las madres dieron... ¡pagadles sus favores á las hijas!...

Gil Suárez



SUGERIDOS ..

La deslumbradora Camila Lorenzo, que está en su lujosa "villita", cercana á Gijón, ha sido víctima de un accidente que, sin su

valor y su sangre fría, le hubiera podido costar la vida.

Acompañada de su hermana, daba un paseo por el mar, cuando, á consecuencia de una falsa maniobra, la barca empezó á llenarse de agua. Camila gritó entonces á su hermana: "Desnúdate... mientras ella hacía lo mismo.

Y arrojándose al mar á tiempo que la lancha se hundía, nadaron intrépidamente hasta la playa, donde se les facilitaron prendas con que cubrir sus desnudeces.

¡Malditas prendas! ¿Por qué, bella Camila, no entrásteis en vuestra casa sin más vestidura que vuestra cabellera de oro, lo mismo que Venus cuando surgió de las ondas? Se hubiera podido creer que el Olimpo había descendido á la tierra, y todos se habrían prosternado ante vuestra dignidad.

EL PARAÍSO

Alcalá, 149.—Teléfono 2.414

DELICIOSO PARQUE DE RECREOS

Varietés.—**Cinematógrafo.**—**Bandamilitar.**—**Patines.**—**Law-tennis.**—**Cable aéreo.**—**Trinquete Americano.**—**Tiro al blanco.**—**Etcétera, etc.**

El sitio más agradable de Madrid

Tarde, á las siete.—Noche, á las nueve y media

APARTADO 547

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL